

Vigencia del psicoanálisis con niños¹

Beatriz Salzberg

Resumen

La infancia parece haberse engranado al frenético y cambiante ritmo social, donde se impone la superficialidad, el consumismo y la uniformidad en detrimento del pensamiento crítico y el cuestionamiento social. La sombría metáfora sobre el futuro que imaginaba A. Huxley (1931) en Un mundo feliz es hoy una amenaza escalofriante en sus peores vaticinios. En este contexto, el psicoanálisis sigue vigente como alternativa para quienes rehúsen sacrificar valores humanos esenciales. Desmitificar la idea de una sociedad utópica significa crear un mundo menos perfecto pero más libre donde la subjetividad humana no se fabrique en serie ni se entienda a partir de variables unificadoras como los genes, la edad, los diagnósticos genéricos o los fármacos ideales.

Aceptar que no hay abandono de la infancia sin renuncias, duelos, placeres ni enigmas, implica atreverse a pensar, a sentir y a desear. El psicoanálisis conecta con las fobias, miedos, deseos y ansiedades del niño a través de un lenguaje lúdico, transformando lo traumático en dramático para ayudarle a construir una versión de su propia historia.

Palabras clave: psicoanálisis, infancia, niños, singularidad subjetiva, escena lúdica.

Abstract

It seems now that even childhood is forced to be as frantic as today's changing social dynamics, whereby there is an urgent need for superficiality, consumerism, and uniformity which leads to the detriment of critical thought and social questioning. The sombre metaphor about the future as described by A. Huxley in his novel Brave new world has now become a chilling threat in its worst predictions. In this context, psychoanalysis continues to be relevant as an alternative for those who refuse to renounce basic human values. Relinquishing to a Utopian

society means creating a less perfect but freer world where human subjectivity is neither mass-produced nor understood from unified variables such as genes, age, generic diagnostics, or ideal drugs.

Accepting that there is no way to progress from childhood without renouncing, mourning, experiencing pleasure or enigmas demands thinking, feeling and desiring. Psychoanalysis links to the child's phobias, fears, desires and worries through the use of game, transforming the real traumas into a piece of drama in order to help the child create a version of his own story.

Keywords: psychoanalysis, childhood, subjective singularity, play scene.

Nacido a principios del siglo xx, el psicoanálisis produjo una revolución en el campo de la cultura en general y de la psicología en especial.

Ya ha pasado un siglo desde la publicación del primer historial de una fobia infantil (Freud, 1905). Austria aún no había perdido el imperio, ni se habían librado las dos guerras mundiales. Freud tampoco había emprendido el camino del exilio.

Dos momentos históricos muy distintos. Hoy nuestro mundo está marcado por una nueva etapa del capitalismo, vencedor y hegemónico. La globalización ha introducido cambios a todos los niveles de la vida social y económica.

Nuestro tiempo se caracteriza por la fluidez de los capitales que circulan libremente, con las consecuencias que ello ha tenido en las formas de relación humana, y por la velocidad de los cambios. Todo se ha vuelto establemente inestable.

La incertidumbre es un sentimiento dominante en nuestra época. El proceso de subjetivación de la infancia requiere vínculos estables y sólidos.

Hans temía a los caballos que tiraban de los carros. La rapidez estaba representada por el tren. Hoy la velocidad es el tiempo real de Internet. La tecnología cambió las categorías de tiempo y espacio, lo cual tiene enorme repercusión en el sujeto.

Las instituciones se han modificado. La familia nuclear, mayoritaria en el siglo pasado, se acompaña hoy, del auge de otros tipos de organizaciones familiares. Han aumentado los divorcios, las familias ensambladas y las monoparentales. Esta institución se diversificó e hizo más compleja. Las relaciones de parentesco devinieron más acotadas en el tiempo. Hoy existen ex primos, ex tíos, ex abuelos, por declinación u omisión de sus funciones.

Forges (Diario El País) lo expresaba así: «¿Dónde has estado estas vacaciones?» (pregunta un escolar a otro). «Un mes rotando con mi hermanastra por casa de sus 5 abuelos, 15 días en Irlanda, por el inglés, 2 semanas de agosto con los hijos de mi madre en Marbella, 7 días con los sobrinos de la novia de mi padre en Palma y 260 horas en la consulta del psicólogo».

Y es sobre las 260 horas en la «consulta del psicólogo» de lo que hablaré a continuación.

Cuando al inicio de este verano me reencontré con el libro *Un Mundo feliz* (A. Huxley, 1931) lejos estaba de imaginarme que lo escrito ahí en ese clásico del siglo XX, era una inquietante profecía que se acercaba peligrosamente a algunos aspectos de nuestra realidad.

El autor, irónico, inteligente, imagina un mundo insólito. En él predomina el consumismo, la uniformidad, al tiempo que disminuye la crítica y el cuestionamiento social (aspectos presentes en nuestra sociedad).

Lo acertado del pronóstico fue señalar cómo el cambio mayor iba a acontecer en el interior de los seres humanos, que es en definitiva donde está la clave para convertirlos en esclavos gozosos de su servidumbre.

A. Huxley nos indica que ello se logra con el condicionamiento de los niños y el empleo de la drogas. La búsqueda y el objetivo que se persigue es la eliminación de la singularidad subjetiva. Ejemplo paradigmático de ello la profusión en nuestros días de diagnósticos de *hiperactividad con déficit de atención*, tratados con *fármacos*.

En Utopía, como se llama esa tierra imaginaria, hay libertad para soñar con *narcóticos*. Por supuesto, más libertad sexual que política y económica.

También se observan *marcadas diferencias sociales*, lo que determina la coexistencia de distintos mundos, 1º, 3º y 4º (como sucede hoy). Ahí se promueve la producción masiva de seres humanos nacidos *in vitro*, para evitar intimidades asfixiantes y obscenas entre los miembros de la

familia. En esa tierra se perdió la intimidad, la comunicación profunda y el encuentro con uno mismo. En Utopía se ha dejado de leer y por supuesto de crear. No hay espacio para Shakespeare o Freud. El ideólogo de esa tierra es Ford, quien alertó contra la vida familiar, el romanticismo, los afectos.

Según A. Huxley (1931), en el año 178 de la era Ford, se subvencionó a 2000 farmacólogos y bioquímicos que inventaron *la felicidad de cada uno, metido en su frasco ideal*.

A esa sociedad llega un día un *salvaje* (¿?) que rechaza ese mundo artificial. Alguien que prefiere ser él mismo, aún al precio de la desdicha y el dolor. En ese medio destaca como un superviviente de otra época. Ese personaje soporta el sufrimiento y goza con el arte. Desea sentirse libre, atreverse a pensar, sentir la pasión, el dolor, los duelos, en lugar de la anestesia química general. Es un ser que elige vivir en un mundo en el que se pueda amar y sufrir, no sólo mantener sentimientos breves, superficiales y cambiantes.

Uno que no desea ser eternamente joven. Alguien diferente, porque en Utopía no se lee, se va al «sensorama»; no existen las diversiones solitarias, el encuentro con uno mismo. Algo de todo esto resuena en nuestro tiempo.

En Utopía no se sufre, ni se elaboran duelos, tampoco se resuelven conflictos. Lo problemático se niega, excluye, disocia. Se elige una parodia de vida. Fuera han quedado la poesía, la libertad, la pasión, los deseos. Esa sociedad no necesita un pensador de la talla de Freud. Creerían que es anticuado y que ha quedado obsoleto. Lo moderno en Utopía es la medicación, la química. Freud ahí no tiene cabida, aunque se haya adentrado en los misterios de la subjetividad, del inconsciente, de los procesos mentales hasta entonces ignorados, de los mecanismos de producción de las neurosis y las psicosis y de nombrar lo que late en lo más íntimo de cada ser. En esa sociedad todo ello es innecesario.

Es muy irónico que A. Huxley llame Ford al gran pope de Utopía, tan semejante en la fonética a Freud y tan disímil en sus objetivos. No deja de resonar su nombre con el productor de los primeros coches y fundador de una multinacional. Hoy dominan las multinacionales y los laboratorios medicinales son poderosas industrias que mantienen cautivos a sus clientes. ¿Será la era de Merck, Bayer, Pfizer, etc. que nos ilusionan con sus pócimas milagrosas, sus Viagra, Prozac, o sus Rubifen, Concerta, Ribotril, estos últimos con pretensión de apaciguar a nuestros niños?

En las antípodas de esta manera de entender el psiquismo humano, opera el psicoanálisis, que conecta con el niño en su modo habitual de comunicación: la palabra, el juego y el dibujo.

Cada niño que llega al mundo ya está tejido de un entramado particular, de una textura de palabras que lo ubican en un lugar en el deseo de sus padres.

Este trabajo de producción subjetiva es artesanal; su producto es único, singular, original. La subjetividad humana no se fabrica en serie, por lo tanto no corresponde entenderlo a partir de variables unificadoras: genes, edad, etc. Tampoco sirven los protocolos masivos estandarizados o los diagnósticos genéricos, porque nos hablan poco de la singularidad.

Nuestra meta como analistas es propiciar que el niño acceda a un lugar de sujeto, fomentar su identidad, la expresión de su deseo, sin culpa.

Nuestra posición no es la de quien detenta el saber sobre el otro, sino alguien que lo escucha en todas sus manifestaciones, para favorecer el despliegue de los significantes que le permitirán liberarlo como sujeto, de sus ataduras. El analista propende a que los juegos de los niños devengan creativos, que cada pequeño escriba su guión. No se trata de sacar, apilar y guardar los juguetes, o de hacer un juego repetitivo y aburrido, sino propiciar que cada chico se atreva a inventar. En fin, un juego en el que se divierta. A través de él, se pondrá en juego lo que lo ha marcado singularmente en su vida.

Para que esto ocurra la sesión tiene que convertirse en un teatro de sueños.

Cuando el niño juega se identifica con los personajes de los cuentos, las películas (Superman o Harry Potter) pero también otros inventados por él «Mamerto», «que no le teme a nada», o «el muñeco que no se atrevía a ser mi amigo». Es explorador, investigador y ese espacio de ficción que es la escena lúdica creada por él, permite la expresión de sus fobias, miedos, deseos y ansiedades. A través de los juegos, se van operando las transformaciones.

Mi consulta, en ocasiones, se convierte en una isla rodeada de cocodrilos y debemos avanzar con cuidado entre los obstáculos, para no caernos y terminar devorados por ellos. El mar que nos rodea es muy peligroso y somos tan frágiles ante esos animales, como en este niño, su percepción del mundo y su miedo a crecer.

A veces observo los esfuerzos que hacen algunos niños por mantener la magia, la completud narcisista y la resistencia a las renunciaciones que impone la realidad.

«Beatriz, no me hables de los dragones, sé que no existen pero no quiero saberlo. Soy *dragonólogo*, y si los libros lo explican será por algo, yo digo que existen».

El peso de los duelos y el miedo a la separación están presentes en el deseo de algunos niños de llevarse algo del consultorio: dibujos, un trozo de plastilina o algún juguete. Otros, por el contrario, nos dejan algo suyo que entendemos como mensaje. El eje de nuestra posición como analistas se centra en esa escucha del discurso, juego y dibujo.

Estos pequeños investigadores, como los llamaba Freud, dan libertad a sus personajes. Cómo nos incluimos para extraer sus enigmas desde su discurso, es el núcleo de la cuestión.

Si lo que les decimos es meramente un saber adquirido y no nos metemos en su juego, no podremos, entre sus dichos y producciones escuchar su dolor, su malestar y su sufrimiento. Si hablamos desde fuera, sin entrar en su juego, no anudamos su historia.

Con Pedro jugábamos a esconder una familia de osos. En reiteradas ocasiones ocultaba a la mamá -osa entre las plantas y luego no la encontraba. Un día me ocurrió lo mismo a mí. ¡Olvidé dónde la había dejado! Mi propio acto fallido me permitió transmitirle que su madre de nacimiento había quedado irremediablemente perdida y que eso era irreversible. (Como se puede apreciar se trataba de un niño adoptado.)

No hay infancia sin renunciaciones, duelos, placeres ni enigmas. Y no hay abandono de la infancia sin renunciaciones, duelos, placeres y enigmas.

Cuando el niño juega se desconoce, se desdobra y reconoce en su ficción. Juega a ser otro. Pone en juego su inconsciente.

Jordi evita entrar en la piscina donde no hace pie. No puede dejar de pensar que hay un tiburón. Mi intervención consistió en preguntarle cómo llegó el tiburón a la piscina. Se sorprendió y echó a reír. Me dijo que venía en el tiburón-móvil. Le propuse dibujarlo. Hizo un coche-pecera con un tiburón conduciendo con sus aletas, de las que salían unas cuerdas hacia los pedales.

De pronto, lo detiene un guardia y le pide el carné de conducir. El tiburón responde: «¿Cómo lo voy a encontrar, si aquí está todo mojado?». Este tiburón terrorífico se convirtió en un personaje de historieta: Tibu.

La ficción lúdica permitió operar una distancia entre el niño y su miedo. Mi intervención abrió el paso hacia otros recursos: creatividad, imaginación, alegría.

Esta secuencia, dibujo, asociaciones, historieta, los ubicó en otro lugar a ambos. El tiburón ha devenido personaje, tiene un nombre y perdió poder (ya no es omnipotente, no encuentra el carné). Él también debe aceptar la ley; en su dibujo Jordi incluyó a su representante. Transformó al niño asustado en un autor de historieta, en el folio y en su subjetividad.

El eje de nuestra posición como analistas se centra en esa escucha.

El psicoanálisis sigue vigente hoy, porque permite captar que más allá del síntoma, late un sujeto. La escena del juego lo desaliena, lo separa del dolor.

La producción crea un espacio simbólico e imaginario que sale de lo real y lo inscribe en otro registro. Del miedo real, a través del O. accede a un miedo de ficción.

Tratamos de transformar lo traumático en dramático para construir de ese modo una versión de su historia.

Llegados a este punto, me gustaría plantear algunas cuestiones finales:

Cada época ha construido su concepto de infancia, construcción simbólica, vinculada a los modos de ser y pensar los niños en cada momento histórico.

La sociedad moderna ha entronizado al *niño-rey*, en el centro de la vida familiar.

Todo niño necesita superar la posición de: «Su Majestad, el bebé» (como lo llamaba Freud, 1914) y tolerar su desplazamiento a un lugar excéntrico de la pareja de padres.

Considero que junto a esta imagen coexiste hoy la de *adulto en miniatura* porque a los niños se les demanda rapidez y eficiencia. *Crecimiento y rendimiento escolar, pasaporte al éxito.*

De lo contrario, si no responden adecuadamente a un patrón normalizado, fracasan. Los aprendizajes se exigen cada vez más precozmente. Por ejemplo, inicio de lecto-escritura en parvulario o pasar una prueba de aptitud para inscribirlos en primer curso. Todo está marcado por la prisa.

Hemos pasado de la cultura de la narrativa, propia del siglo pasado, a la de la imagen. Esta hipertrofia de lo imaginario ha ido en desmedro de lo simbólico.

Han aumentado las patologías del narcisismo, la violencia consustancial a ello (como la de aquellos niños que no juegan, sólo pegan) y ha caído el peso de la ley y la autoridad.

El exceso de información circulante no puede ser asimilado por los niños que quedan expuestos a contenidos disruptivos e inquietantes.

El psicoanálisis se ha diferenciado de otras prácticas *psi* porque siempre ha puesto el acento en la singularidad de cada caso y en el análisis de los síntomas en relación con la historia y la vida de las personas. Por ello ha hecho su clínica del caso por caso.

Hoy como ayer, hay un fuerte empuje de la psiquiatría biológica, que busca el origen de la patología en *supuestos genes*. Por tanto, para cada síntoma (igual para todos y fuera de un diagnóstico más específico) se prescribe el *medicamento indicado*.

¡Se medica con psicofármacos a los niños, al tiempo que se considera obsoleto el psicoanálisis!

Se establecen categorías diagnósticas difusas, *trastorno de hiperactividad con déficit de atención*, cuyo fin es prescribir medicación.

Muchos niños con síntomas de dispersión, rabieta e irritabilidad, pueden estar *deprimidos*, en *duelo*, en un proceso de *adaptación* por inmigración o adopción, pero son diagnosticados y medicados sin atender a sus situaciones personales, que son la causa de sus síntomas. Cada vez más se habla de las anoréxicas, los cocainómanos como si lo fundamental *fuera el síntoma y no el sujeto*.

Al síntoma se lo medica, tapa, controla, adapta y reeduca, pero no se atiende a su condición de mensaje cifrado.

Ford debe estar entre nosotros con su equipo entrenado de farmacólogos.

Desde esa perspectiva, *no hay búsqueda de singularidad en la patología*; se hace una *clínica anónima*. Se busca una respuesta general, y las causas se ubican en lo orgánico (búsqueda de genes específicos a cada síntoma) y se prescribe una terapéutica química (psicofármacos).

El psicoanálisis, por el contrario, persiste en su práctica de la palabra.

El sujeto, al cambiar su posición en relación al síntoma, se responsabiliza de ello, tomando conciencia de la implicación que tiene en su sufrimiento. Por lo tanto, no hay comprimido que logre ese efecto.

El psicoanalista, incluso el que trabaja con niños, no se ubica como un experto; no reeduca, ayuda a que cada uno encuentre su camino. Está ahí para que el paciente descubra las claves de su historia y lo acompaña en ese recorrido. No da consejos, propone al infantil sujeto el encuentro con la solución.

A partir de lo dicho se entiende que la edad no marca las fronteras entre la infancia, la adolescencia y la adultez. Es decir, se puede ser niño a los 35 ó 40

porque *no hay abandono de la infancia sin renuncias, duelos, placeres y enigmas.*

Para terminar, el psicoanálisis ayuda a quien se atreve a pensar, sentir y desear y se anima a re-descubrirse.



Beatriz Salzberg

Clínica Logos

Paseo San Gervasio, 8, entlo. 2ª

08022 Barcelona

logos@comb.es

Notas

1. Texto presentado en el CCCB con motivo del Aniversario de la Escola de Clínica Psicoanalítica amb Nens i Adolescents. Barcelona, Septiembre de 2008

Bibliografía

- FREUD, S. (1905). *Análisis de la fobia de un niño de cinco años.* Obras completas (OC) Volumen X. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1976.
- FREUD, S. (1914). *Introducción del narcisismo.* (OC) Volumen XIV, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1976.
- HUXLEY, A. (1931). *Un mundo feliz.* Barcelona: Ed. Debolsillo, 2007.